



PRIMERA

A MI MADRE

Miedo me da el pensar lo que en mí siento,
y por eso en sus males, importuno,
sólo sabe ir á tí mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,
ya sé que están en nuestra humilde casa,
todos muy bien, aunque feliz ninguno.

Que arrastren, como yo, su dicha escasa
con católica fe, con pecho fuerte;
que la vida es cruel, mas pronto pasa.

Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte
de vivir esa vida de alegría,
que no muere en el día de la muerte.

¿Quieres saber mi historia, madre mía?
¡Ay! si el saberla yo me da tormento,
el contártela á tí, ¿qué me daría?

De un pesar que no espera es mi lamento;
por eso hoy busca tu materno lado,
maniático de tí, mi pensamiento.

Del hijo más que todos desdichado,
abre tu corazón á sus gemidos,
por la vida tan triste que le has dado.

Pensando en goces, para siempre huidos,
mi mano sofocando la agonía,
del corazón retiene los latidos.

¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,
aquel dulce mirar con que afrontabas
al sol de otoño al acabarse el día!

¡Cuántas dichas entonces me augurabas,
mientras viendo nacer mis sentimientos,
con el alma en los ojos me mirabas!

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,
¡cómo, en recuerdo de tan bellos días,
hoy te besan los pies mis pensamientos!

Al fijar tus pupilas en las mías,
como es la voz del alma tu mirada,
¡qué de cosas, callando, me decías!

Ya mi mente en tu espíritu filtrada,
dejaré deslizarse mi existencia
en tu augusta belleza vinculada.

Tú sola en mi dolor me das paciencia,
pues siempre con tu imagen me acompañas,
confidente leal de mi conciencia.

Tú de luz pura el pensamiento bañas,
la infernal lobreguez trocando en cielo,
del hijo, antes feliz, de tus entrañas.

Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,
pues sabe bien tu natural tristeza
que el placer de llorar es gran consuelo.

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.

Fué tan larga y terrible mi agonía,
que por tu hermosa senectud te juro
que, á no vivirme tú, me moriría.

De tanto ser como encontré perjuro,
ya dejo hasta el recuerdo, que maldigo,
por tu amor siempre grande y siempre puro.

Desde este día á tu mejor amigo
ya no le importa oscuridad ó gloria,
gusto ó pesar, sufriendolo contigo.

Del alma, que consagro á tu memoria,
presto los males curará la muerte,
desenlace final de toda historia.

Y antes la edad, más que las penas, fuerte,
me dará poco á poco ese desvío,
que la tristeza en hábito convierte.

Buitre de las pasiones, el hastío
con sordo afán mi corazón devora,
y el pecho se me queja á pesar mío.

Mas así iré viviendo hora tras hora
hasta que ponga fin á mi existencia
aquel Dios que es más Dios del ser que llora.

Y querrá, en su bondad, la Providencia,
mientras llega ese fin, dar á mi mente
la angustia que se abisma en la paciencia.

¿Recuerdas la tersura de mi frente?
¡Oh, qué ¡ay! darías sus arrugas viendo,
de esos que daís las madres solamente!

Mas concluyo esta carta, porque entiendo
que lo mismo que á mí cuando te escribo,
te se caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo
que es pagar con un ¡ay! con mucho exceso
la ruin parte de vida que ahora vivo.

¡Cuánto lloras mi mal! A cuenta de eso,
para estampar en tu anchurosa frente,
además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente
á darte voy cuanto tu amor desea,
que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,
de mi vida los últimos alientos
besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,
cuantas horas los días han tenido,
tuve yo para tí de pensamientos.

Adiós, mi santo amor; tú siempre has sido
el ángel para mí de las mujeres;
recuerda sin cesar que no te olvidó,
y escríbeme á menudo que me quieres.

SEGUNDA

EPÍSTOLA MORAL

Á DON F. F. GOLFÍN

Aunque ausente de tí, Golfín amigo,
presa feliz de tu inmortal memoria,
dejo el mundo, entro en mí, y hablo contigo.

Y al recordarte mi doliente historia,
daré consejo á tus precoces canas,
diadema de tus días y tu gloria.

Mis esperanzas ¡ay! fueron tan vanas,
tanto el placer de la ciudad me hastía,
que ni de ser feliz tengo ya ganas.

Trueca tu vida por la vida mía,
ó pagarás, cual pago, la flaqueza
de creer de la corte en la alegría.

¿Ves la dicha mayor de la grandeza?
Pues es mucho más grande y más risueño
el goce con que sueña la pobreza.

¿Y qué vale el ser grande, si al pequeño
en premiar su martirio se desvela
el alto cielo en su aparente sueño?

Al campo por salud mi mente vuela;
que el mal de corte, que se llama hastío,
¡ay! como el viento del sepulcro hiela.

Hoy, como ayer y siempre, amigo mío,
que te lleve con fruto, á Dios le ruego,
las muchas bendiciones que te envío.

Alabado ya Dios, te escribo, y luego
llevo el pródigo afán de mis amores
al huerto que he plantado, y que ahora riego.

Y después, convertidos en olores,
el viento, al despertar, me vuelve y cuenta
gratisísimos mensajes de las flores.

Créeme, Golfín; sólo la paz se asienta
aquí donde la envidia no asesina
con su mirada de Caín sangrienta.

Todo en la corte á la ambición inclina,
como el mar, con sus brucas tempestades,
las almas de los débiles fascina.

¿Qué brota esa Babel, sino maldades,
para el que son, de intemperancia ajeno,
un poblado desierto las ciudades?

Un mes hará que de cuidados lleno,
te dejé donde atroces las pasiones
prueban el hierro, el fuego y el veneno.

Y ya henchido de impuras ambiciones,
como arrastra la arena, va arrastrando
el viento del desierto las naciones.

¡Cuánto Nerón la libertad va alzando,
conforme va sus hierros, oprimida,
al rostro de los siglos arrojando!

Ven donde el aura á respirar convida
en la parte del bosque más oscura,
alientos de salud, soplos de vida.

Deja del mundo la región impura,
pues casi de rodillas te lo pido
por nuestros cortos días de ventura.

Lucharás como yo, y al fin, rendido,
cual cae helado con la noche el viento,
tu espíritu vital caerá abatido.

¿Quieres decir que es de un cobarde aliento,
cuando el ocaso de la edad avanza,
buscar desesperado el aislamiento?

Mas ¿qué valor á resistir alcanza
los humanos dolores sin medida,
las desdichas que matan la esperanza?

De tanto batallar mi alma rendida,
sin pena ni placer, deja impasible
estas tristes riberas de la vida.

¡Subir para caer! ¡Destino horrible!
¡Qué lástima da á un alma generosa
ver al hombre luchar con lo imposible!

Porque el genio mayor ¿es otra cosa
que un insecto que vive recorriendo
la vasta soledad de alguna rosa?

Obediente á mi voz, ya te estoy viendo
de la ambición, del mundo y de tí mismo,
como quien huye de su sombra, huyendo.

Aléjate de ese antro, en cuyo abismo,
tras la esperanza, hasta la fe arrojamos,
y la santa pasión del patriotismo.

Y en tanto que aquí paz juntos hallamos,
que sirvas, ruego á Dios, con buena estrella
la patria en que sufrimos y gozamos.

Esa patria, Golfín, siempre tan bella,
que al recordar su no sé qué divino,
hace llorar al que se ausenta de ella.

Dile ya al mundo adiós; que es desatino
loco sufrir todo el azar que encierra
ese anónimo eterno del destino.

Y á quien sirve al azar, rey de la tierra,
sin gozar del presente ni el pasado,
la execración del porvenir le aterra.

Vive así, si esto es vida, atormentado
tu corazón, que es bueno entre los buenos,
en su ataúd de carne aprisionado.

Yo, entretanto, por valles siempre amenos,
de la calumnia me atraeré, escondido,
si nunca caridad, silencio al menos.

Perdón hasta á mis émulo les pido,
que ha tiempo que en las copas de las flores
bebí de mis venganzas el olvido.

Hastiado de placeres y dolores,
sólo amo de las selvas la espesura,
amor que curó en mí locos amores.

¡Qué honda es la paz cuando la noche oscura
deja caer, por entre sombras, yerta
la luz de los amores sin ventura!

¡Qué dulce es aquí el aura, cuando incierta
hace un ruido, en los árboles fluyendo,
que aduerme, y cuando aduerme no despierta!

Ven, y felices á tus hijos viendo,
la muerte aguardarás que nos espera,
espectro que se acerca y va creciendo.

Y al lado de la dulce compañera,
que, enseñándote á creer, tu fe asegura,
porque nunca el que cree se desespera,

Labrando seguiréis vuestra ventura,
con el amor juntando la inocencia,
y uniendo la virtud á la ternura.

Que el bueno sabe bien por experiencia
que el que quiere tener sueños dorados,
purifica primero su conciencia.

¡Cuán venturosos son, aunque olvidados,
sin saber lo que es gloria ni riqueza,
los pastores que van por estos prados!

Hay gente tan dichosa en su pobreza,
que con escaso abrigo y pan tasado,
no recuerda ni un día de tristeza.

Mas tú vendrás, por el dolor guiado,
como las aves van, emigradoras,
á un país que no han visto y que han soñado.

Verás que en estas playas seductoras,
si ajena de placer se pasa alguna,
vacías de dolor corren las horas.

¡Oh carga del poder, siempre importuna!
dando aquí Dios su gracia por consuelo,
¿qué se nos marcha al irse la fortuna?

¡Bendigamos al sol que ilustra el cielo,
que hace flores brotar á las arenas,
árboles á las rocas, fruto al hielo!

¡Nombre infausto el de corte, que las penas
recuerda, así como los ecos vanos
recuerdan al esclavo sus cadenas!

Reina aquí el Dios que trajo á los humanos
el mando dulce, la incruenta gloria,
fe sin superstición, paz sin tiranos.

Ven, y mata con tiempo tu memoria,
mucho antes que tu nombre eche la suerte
á ese lago de sangre de la historia.

Por no verme, Golfín, cual podrás verte,
ya he puesto entre la corte y la pradera
una ausencia absoluta cual la muerte.

Que venga yo á expirar, el cielo quiera,
donde al morir, zagalas y pastores,
se sienten tristes por la vez primera.

Y dejad que entretanto, sin dolores,
donde olvidado ya, todo se olvida,
me sobreviva á mí cogiendo flores.

Mas ¡ay! bien pronto á esta mansión querida
te arrastrará la edad, pues cautamente,
sin más que andar el tiempo, obra en la vida.

¡Siempre contigo, aunque de tí me ausente,
herido el corazón, mas todo entero,
te dará su amistad eternamente;
que nada inspiras tú percedero!

EPISTOLA NECROLOGICA

DIRIGIDA AL SR. MARQUÉS DE MOLINS

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR DON RAMON DE CAMPOAMOR

INDIVIDUO DE LA MISMA (1)

DON LUIS GONZALEZ BRABO (2)

No quisiera escribir, Marqués amado,
la vida del ilustre consejero
del principio y del fin del gran reinado.

¿Qué he de decir del noble compañero
que adoró lo pasado con vehemencia,
mientras yo amé con fe lo venidero?

Estoy pronto, Marqués, á la obediencia;
mas ¿no es hacer á la razón agravios
que escriba yo una epístola sin ciencia,

Cuando pueden honrarle con sus labios
Canalejas, Molins, Ferrer del Río,
Plutarcos de valer de tantos sabios?

Su talento sabrá, mejor que el mío,
pintar sucesos tristes ó risueños,
que yo he olvidado, ó de que ya me río.

¡Qué bien hace el que imita á los pequeños!
Mientras buscó el poder, otros buscaban
sus libros, sus quimeras y sus sueños;

Y, cuanto más sus alas se elevaban,
más ante él unas dichas engañosas,
como Ítaca ante Ulises, se escapaban.

Pues yo sólo sé de él, entre otras cosas,
que tuvo una mujer hermosa y buena,
y tres hijas discretas y donosas ¹,

Con su mucha bondad, de encanto llena,
Escosura, Oliván, Ochoa y Puente,
que hacen su gloria de aumentar la ajena,

Pueden decir con ánimo indulgente
si fué un hombre de estado, el que en su vida
nunca supo ser frío interiormente;

Y si su fe, por la pasión vencida,
por no ser más tenaz, cayó en el yerro
de verse en inconstancia convertida,

Jamás en el poder, ni en el destierro,
pudo pasar, como otros, su existencia
con dos ó tres propósitos de hierro.

Yo declaro que creo en mi conciencia
que por orden fatal de su destino
siempre hubo en él más genio que prudencia.

Dotado de pasión y estro divino,
fué común en su olímpica oratoria
el hacer de una idea un torbellino.

Marqués, puesto que saben de memoria
Guerra, Hartzenbusch, Cañete y Juan Valera
lo que sueña, al dormir, la humana historia,

Que pinten describiendo su carrera
(mejor que quien tan poco en esta vida
los peldaños gastó de su escalera)

De su fortuna la ilusión perdida;
la ingratitud siguiendo á su desgracia;
su rápido subir; su gran caída;

Su saludo á la joven *democracia* ²;
su GUIRIGAY ³, que de juzgar me abstengo
por dudar de su mérito y su gracia.

¿No tienen más saber que el que yo tengo
Cutanda, Rivas y Manuel Silvela,
tan doctos por derecho de abolengo,

(1) Y á propósito de Campoamor, estos días se habla mucho de un juicio crítico que un joven y ya célebre diputado — hijo de un hombre político más célebre todavía, — ha escrito sobre las poesías de aquél, y al cual titula *Joyas literarias*. — Parece que esta calificación ha hallado contradictores en la reunión en que el artículo fué leído, y por lo tanto me creo en el deber de tomar alguna parte en la cuestión con motivo de haber repasado de nuevo la epístola necrológica relativa á González Brabo, que Campoamor escribió por encargo de la Academia española, y dirigió á su presidente el marqués de Molins. No se vayan á escandalizar los ciegos admiradores de las *Joyas literarias* antiguas, quienes tanto propenden á escatimar el mérito de las modernas, si les digo que hecha la comparación entre la *Epístola moral de Rioja*, que el difunto Quintana llama *casi perfecta*, y la *Epístola necrológica* del escritor moderno, la de éste, aunque obra de encargo y por lo forzado del asunto, llena de dificultades, está escrita con tal soltura y tal riqueza de ideas y de estilo, que la hacen competir con la antigua *joya literaria* de Rioja. Sólo apunto la especie para que el distinguido literato y diputado á quien aludo, sostenga su tesis, y haya un paralelo entre la epístola del autor de las *Dolores* y la nunca bastantemente celebrada del poeta antiguo; estando seguro de que probará que á pesar de faltarles la sanción del tiempo, no tienen nada que envidiar algunas de las *joyas literarias* modernas, á las de nuestros ilustres antecesores.

Emitido este juicio, que los admiradores de lo pasado manifiesten lo que hay en él de erróneo; y de seguro no faltarán críticos que se pongan de mi parte, y defiendan una opinión que, en último extremo, estoy dispuesto á sostener sin ajeno auxilio. — ASMÓDEO.

(2) El Reglamento de la Academia Española dispone que cuando fallece un Académico numerario escriba su necrología otro individuo de número.

El autor encontró más fácil y más cómodo escribirla en verso que en prosa. La Academia encargó al señor Ferrer del Río las notas para mejor inteligencia del texto.

Para historiar, desde la misma escuela,
la vida de nuestro héroe, más variada
que la misma ficción de la novela?

Y como amigo fiel y camarada,
¿no miráis á Pezuela á vuestro lado,
del último Borbón primera espada,

Que lo tuvo en Ardoz como soldado 4,
y que sabe que fué su vida entera
un riesgo eternamente transformado?

Él decírnos podrá de qué manera
defendiendo á León, una memoria
dejó en el mundo grande y duradera 5.

Y, con ejemplos de su misma historia,
dirá también qué obcecación es esa
que el poder equivoca con la gloria,

Y que, en su anhelo, de aspirar no cesa
á un renombre que llega solamente
á dos pies más allá de nuestra huesa.

¡Cuán poco piensa en general la gente
que, excepto lo que amamos y nos ama,
es el resto del mundo indiferente!

No respondáis á la ambición si os llama.
Nos causan menos mal nuestras flaquezas,
que esa idea maldita de la fama.

¡Dichoso el que desprecia las grandezas,
y vive con su mesa abastecida
de queso, pan, legumbres y cerezas!

Podía con su gracia sin medida
describírnos Segovia al poderoso
que subió, sin pensar en la caída,

Y también unos años de reposo
en que espejo fué á ser de embajadores,
siendo en Lisboa y Londres venturoso 6;

Y, al fin de este descanso en sus dolores,
cual sabio embajador, decírnos Cueto
cómo ha seguido Ulises sus errores.

Y ¡qué trabajo harían tan completo
Rubí, Tamayo y Adelardo Ayala,
como hijos de Shakespeare y de Moreto,

Si, al recorrer de la pasión la escala,
quisiesen hoy decírnos de qué modo
ahuyenta á la amistad la suerte mala,

Qué es la ambición, que lo trastorna todo,
que en un mundo tan grande y tan pequeño
nada hay debajo de ella, incluso el lodo!

¿Cómo saldré, Marqués, de este arduo empeño,
yo, pecador, que á la virtud ultrajo,
la holganza entremezclando con el sueño?

¿Por qué no dais á Olózaga el trabajo,
á quien Brabo acusó, como él decía,
«poniendo su cabeza sobre un tajo?» 7.

¿Fué el vivo acusador donde quería?
El hombre va donde lo arrastra el viento,
y, siempre que se mueve, Dios le guía.

¿Cuál de ellos olvidó por un momento,
en ansia de mandar arrebatado,
que es la virtud más grande que el talento?

¡Oh sangrientas antítesis del hado!
Muchos años después, lejos de España,
siguió el acusador al acusado,

Y algo llevó en su faz por tierra extraña
de aquella luz que fulguró en el trecho
que recorrió Moisés por la montaña.

Es tan brutal la autoridad del hecho,
que, aun siendo justa, es la justicia odiosa
cuando hace entrar en cólera al derecho.

¡Cómo empieza á cubrir la eterna losa
recuerdos tan ardientes y hoy tan fríos!
¡Cuán rumor para tan poca cosa!

Mas ¿por qué en vez de los tercetos míos
no han de cantar su vida en alto coro
Castelar, Nocedal, Cánovas, Ríos,

Que en este siglo, ante sus lenguas de oro,
con perdón de la Grecia, el gran tribuno
tal vez sería un orador de foro?

Ellos podrán pintarnos, cual ninguno,
á ese vulgo que grita imperturbable
¡muera Jesús! porque lo grita algún,

Y hablarnos de aquel genio inimitable
que en diez discursos repitió la historia
del motín de una noche memorable 8.

¿Qué fué de aquel poder y aquella gloria?
Es ya vano decirlo, aunque no es vano
el dar algún repaso á la memoria.

¿Qué fué de él? Para el cielo soberano
no es un héroe mayor que un hormiguero,
y es lo mismo una flor que el Oceano.

Él fué donde, quitándose el sombrero,
fueron reyes también y emperadores:
á pedir pan y paz al extranjero.

Echemos ya sobre su tumba flores.
Calumniado cayó como vencido.

¿Caerán con más honor los vencedores?

De un grande á esta miseria reducido,
¿qué nos queda? Una pálida memoria,
y una sombra de un bien desvanecido.

Si fué ó no justo, lo dirá la historia;
pues no siempre el pendón de los mejores
se lleva en este mundo la victoria.

Y ¿fueron de él tan sólo sus errores,
hoy que al más bravo corazón consterna
el dirigir á pueblos de habladores?

Faltó en pensar, cual todo el que gobierna,
si en la forma (no el fondo) es preferible
el dorio al jonío: la cuestión eterna.

Y ¿faltó en más? No sé; pero es posible.
Él creyó gobernar con los mejores,
perpetua aspiración á un imposible.

Mas lleguemos al fin, que odios y amores
muy pronto un mismo polvo los espera,
confundiendo á oprimidos y á opresores;

Y, suceda en el mundo lo que quiera,
ya sus prados traerá de flores llenos,
como el año anterior, la primavera.

Todos se creen los más y los más buenos,
hasta que viene á revelar la muerte
cuál vale más, esto es, cuál vale menos.

Se humilla al débil y se teme al fuerte,
y el vulgo nunca ve con simpatía
ni á las virtudes ni á la buena suerte.

Siempre pasó lo mismo, desde el día
en que estaba en el mar Sierra Nevada
escondiendo la frente todavía.

¡Luchar! ¡Subir! Y al fin de la jornada
hallar calumnias, decepciones, males...
Debe haber Dios, sino... todo esto es nada.

¿Por qué querrán las leyes inmortales
que sea todo triunfo pasajero
y haya más enemigos que imparciales?

Siendo un león más dulce que un cordero,
ya herido, le acosaron con encono
la envidia y la ambición el mundo entero.

Pero yo en nombre suyo les perdono,
como él arriba perdonando, cuenta
á los muchos apóstatas del trono.

¡Calcule el alma, de rencor exenta,
lo triste que habrá muerto un gaditano
bajo un sol que ni alumbra ni calienta! 9.

¡Premie el cielo dolor tan sobrehumano,
cuando el mérito pese de este duelo
el que pesa los astros con la mano!

Halló en Biarritz, por fin, su desconsuelo
la postrera estación de su calvario,
bajo un vaho que en Francia llaman cielo.

Así un liberto, en punto solitario,
á Pompeyo enterró bajo la arena
con la ayuda de un pobre legionario.

Morir en el destierro es grande pena;
mas nos marca la entrada y la salida
el que saca los siglos á la escena.

Una tragedia griega harto sabidá:
— «Volved» dice «los ojos ¡oh mortales!
hacia el último día de la vida.» —

¡Qué rancias vanidades terrenales!
Cuando se va á morir todo es locura,
y verdades y sueños son iguales.

Murió; pero nos dice la *Escritura*:
— «No lo busque entre muertos quien le llora,
que está lleno de vida allá en la altura» —

Está en la altura, el que ya sabe ahora
lo que le dice el río á su ribera,
el mar al sol y el pájaro á la aurora;

El hombre que al llegar su hora postrera
— «¡Mis hijas! exclamó. «¡Perdón, Dios mío!» — 10
la última hora es la existencia entera.

Y después de este fin solemne y pío,
que haría merecer la santa palma
á toda una existencia de extravío,

Porque el cielo le dé la eterna calma
recemos hoy con corazón ferviente,
cual por nosotros rogará su alma
á la diestra del Dios omnipotente.

NOTAS

(1) Contrajo matrimonio con la señora doña Joaquina Romea, hermana del eminente actor de este apellido, de la cual dejó tres hijas, Luisa, Leonor y Blanca.

(2) Alusión á una frase de su discurso en el salón del Teatro Real, á raíz de la revolución de 1854, en la misma junta en que Castelar se dió á conocer como orador.

(3) Alude al periódico llamado así, que González Brabo dió á luz en 1839, y en el cual usó el seudónimo de *Ibrahim Claret*.

(4) Viniendo de Cataluña en calidad de secretario del general Serrano, éste le envió con una comunicación para el general Narvaez. Por esta casualidad se halló en la acción de Torrejón de Ardoz, acaecida, como todos saben, en 1843.

(5) Como capitán de cazadores del octavo batallón de la Milicia ciudadana, fué de los que más excitaron al Ayuntamiento de Madrid, en 1840, al pronunciamiento de Setiembre; y profesando todavía las mismas ideas, escribió la defensa del Conde de Belascoain, é hizo particularmente cuanto pudo por excitar á sus compañeros á favor del procesado.

(6) Inopinadamente se le vió de Presidente del Consejo de Ministros á principios de diciembre de 1843, para llevar el acta Real de acusación contra D. Salustiano Olózaga á las Cortes, y al sucederle el Duque de Valencia, en la primavera siguiente, se le nombró embajador en Lisboa. — A fines de 1856 fué con igual categoría á Londres. — Por muerte del Duque de Valencia, el 23 de abril de 1868, subió de nuevo á Presidente del Consejo de Ministros.

(7) Frase suya en el muy borrascoso debate á que dió margen la citada acta en el Congreso de Diputados.

(8) La del 10 de abril de 1865, llamada vulgarmente por tal circunstancia *Noche de San Daniel*.

(9) Don Luis González Brabo, hijo de don Manuel y de doña María Antonia López de Arjona, natural de Granada, nació en Cádiz el 8 de julio de 1811, y fué bautizado el 10 en la parroquia de San Antonio de dicha ciudad.

(10) Palabras de González Brabo en el acto de morir en los brazos de dos amigos y dentro del coche de uno de ellos, en el cual acababa de salir de noche para respirar alguna frescura.